

Rasgos biográficos fundamentales de José Gregorio Hernández

F. Javier Duplá, S.J.¹

Resumen: El siguiente artículo presenta en breves trazos la infancia de José Gregorio Hernández en Isnotú, sus estudios de bachillerato en Caracas en el Colegio Villegas y de medicina en la Universidad Central, su mundo afectivo inicial, su postgrado en París, el ejercicio bien reconocido de su trabajo como médico y como catedrático de materias nuevas en la universidad, su atención a la familia, sus cualidades artísticas y literarias, su defensa de Santa Teresa, su poco interés por la política, su intensa vida religiosa y su frustrada vocación al sacerdocio, su amistad con el Dr. Razetti, algunos episodios polémicos de su vida, la intuición de su propia muerte y su legado para el venezolano actual.

Palabras clave: Isnotú, Colegio Villegas, Universidad Central de Venezuela, santa Teresa, Doctor Razetti.

Abstract: This article presents in a few words the childhood of JGH in Isnotú, his high school in Caracas and his medicine studies at the UCV, where he began new chairs, his attention for his family, his literary and artistic qualities, defense in favor of Santa Teresa, his scarce interest for politics, his intense religious life so as his frustrated vocation for priesthood, his friendship with Dr. Razetti, his controversial episodes along his life, intuition of his own death, legacy for today generations.

Keywords: Isnotú, Colegio Villegas, Universidad Central de Venezuela, Santa Teresa, Doctor Razetti.

1 Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE). Dirección electrónica: jdupla@gmail.com

La devoción a José Gregorio Hernández ha crecido mucho en Venezuela con motivo de su beatificación el 30 de abril de 2021. Pero ya antes del reconocimiento de su santidad por parte de la Iglesia se han impreso miles de estampas, se han fabricado pequeñas estatuas con su efigie y muchos enfermos se han encomendado a él para obtener el alivio y la curación de sus dolencias. Ya a los pocos años de su muerte José Gregorio Hernández se había convertido en el personaje más popular de la historia de Venezuela junto con Simón Bolívar. Sin embargo, hay que decir también que sus rasgos biográficos son poco conocidos. Se le tiene como un santo milagroso y eso es lo que importa a la mayoría. Se sabe que nació en Isnotú, estado Trujillo y que sus restos reposan en la iglesia de La Candelaria de Caracas y ambos lugares reciben muchas peregrinaciones de devotos. Menos mal que ya han pasado los tiempos en que a los santos se les consideraba seres especiales, por no decir extraños, que siendo bebés no mamaban los viernes de cuaresma o levitaban cuando hacían oración.

José Gregorio fue laico y eso le da un carácter muy particular y moderno, porque la santidad está asociada para la mayoría de la gente con la pertenencia a una orden o congregación religiosa. Es verdad que intentó ser sacerdote varias veces, pero no lo logró debido a su precaria salud, ironías de la vida para un médico dedicado a restaurar la salud de los demás. En este artículo recorreremos los aspectos biográficos que lo asemejan a todos, pero también lo distinguen por la forma en que los vivió.

1. Infancia en Isnotú

José Gregorio nace en la pequeña aldea de Isnotú, que entonces se llamaba Libertad, el 26 de octubre de 1864. Sus padres, Benigno y Josefa Antonia, se habían establecido allí huyendo de Pedraza, Estado Barinas, de la Guerra Federal. Eran gente trabajadora y religiosa, con una fe práctica muy común en los Estados andinos. Su padre era comerciante, vendedor de productos del campo y de medicinas.

Para lo que no estaba preparado el niño José Gregorio ni nadie en su familia fue para la muerte de su mamá, la señora Josefa Antonia. Fue por unas fiebres después de dar a luz a una niña que se llamará como ella, Josefa Antonia. El pueblo quedó desolado, todos la querían. Después de los días de luto, José Gregorio adquirió la costumbre de ir temprano al cementerio y rezar por su mamá.

En el pueblo había un hombre, Pedro Celestino Sánchez, natural de Maracaibo, que había sido marinero, pero que dejó de serlo a consecuencia de un naufragio que sufrió. Se dedicó entonces a enseñar a leer y escribir a los niños del pueblo y José Gregorio fue su alumno. Viendo lo bien y rápido que aprendía le aconsejó a su padre que le enviara a Caracas para que siguiera estudiando.

- Mire don Benigno, su hijo es muy inteligente y aplicado. Maneja las cuatro operaciones mejor que yo. Conoce las hazañas del Libertador en la Guerra de la Independencia. Sabe que este pedacito de los Andes forma parte de un territorio nacional mucho más extenso. En fin, qué le voy a decir. Lo único que tiene que mejorar un poco es la caligrafía. Si me lo permite, le daría el consejo de que lo enviara a Caracas para seguir estudiando allí. Puede llegar muy lejos, de veras que lo siento así.

Su padre aceptó el consejo y envió a José Gregorio a la capital con unos amigos de la familia, que habían sido elegidos diputados al Congreso Nacional por el Estado Trujillo. Ellos sabían que el Colegio Villegas era muy afamado y allá lo dejaron ponderando las buenas cualidades del adolescente. El viaje a la capital tuvo lugar en febrero de 1878. Nadie en el poblado de Isnotú había viajado a Caracas, a la que se tardaba en llegar más de una semana por mula, piragua, barco y de nuevo por mula. Era todo un viaje, que admiró a José Gregorio, quien no sabía que pasando los años iba a hacer grandes viajes por el océano. Al llegar a Maracaibo no entendía el acento maracucho, muy rápido y lleno de expresiones desconocidas. Cruzar el lago y después navegar por el mar le asombró muchísimo: no sabía que podía haber tanta agua junta.

2. Estudios de bachillerato y medicina en Caracas

Don Guillermo Tell Villegas, el dueño de la institución en la que se va a inscribir José Gregorio y que va a ser su nueva casa durante cinco años, es un prestigioso educador, abogado y político, que tiene muy buena fama y que sabe tratar a todo el mundo. Fue ministro de educación y ocupó la presidencia interina en tres ocasiones.

José Gregorio, de apenas 13 años, fue aceptado por su familia como un hijo más. ¡Y vaya que se lo ganó! Don Guillermo le observaba en todo lo que hacía: su cuarto ordenado, su hábito de rezar con devoción y la intensidad con que estudiaba. Lo comenta con alguno de los profesores que le dan clase:

- Ese niño es especial. No recuerdo haber tenido otro alumno semejante a él. ¿Han visto como recita sin esfuerzo las capitales de todos los estados venezolanos? ¿Y ven cómo domina la historia sagrada? Yo no la conozco tan bien como él. Recita, por ejemplo, las siete plagas de Egipto y la muerte de Moisés a los 120 años delante de la tierra prometida, que él contempla desde el monte Nebo, al norte de Jericó, y así otras muchas historias. He pensado ponerlo de ayudante de alguno de ustedes, el que ustedes quieran.

Y así fue como José Gregorio se convirtió en “ayudante de cátedra”, iniciando un trabajo que hacía por vocación y que había de durarle toda la vida. Para ayudar a los retrasados trataba de meterse en su mente, sobre todo en los temas de matemáticas. Esta capacidad de intuición será luego una constante suya maravillosa en el ejercicio de la medicina.

El mundo afectivo de José Gregorio va a surgir en el Colegio Villegas cuando él es un adolescente de 15 años. En la visita que hicieron los Villegas a una familia amiga, los Gutiérrez Azpúrua, de repente aparece María, una preciosa niña de 13 años, que viene persiguiendo ardillas y recogiendo flores. Él se queda mudo de asombro, en un limbo precioso y desconocido, donde sólo existe ella. Pero ella no le hace caso. María Gutiérrez Azpúrua, el primer

amor espontáneo de José Gregorio, llegó a ser una de las bellezas de Caracas y ¡lo que son las ironías de la vida!, un hijo de ella fue alumno de José Gregorio en la carrera de medicina muchos años después.

José Gregorio obtuvo premios en todas las materias que estudió en el Colegio Villegas: etimología castellana, gramática castellana, francés, aritmética, geometría, latín, griego y geografía universal.

Buen estudiante, buena memoria, tendencia espontánea a la investigación, a preguntarse el porqué de lo que aprende. Por eso le gustan las leyes. Se da cuenta de que la sociedad necesita estar regulada por normas. Pero las circunstancias en que viven muchos son muy diferentes de las que viven otros y las normas, regulaciones y leyes no se les puede aplicar de la misma manera. Y luego está la libertad personal, que puede ignorar la ley o ir en contra de ella.

Todo esto lo ha pensado mucho José Gregorio mientras termina sus estudios en el Colegio Villegas. Pero no se olvida ni mucho menos de la promesa que le hizo a su padre de estudiar medicina y así poder aliviar a la gente de la región, donde no hay médicos, sino curanderos y hierbateros. Por eso se inscribe en la carrera de Medicina, que será una bendición para su vida profesional futura y para el gran avance de la medicina en Venezuela.

Comienza sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela el 1º de septiembre de 1882.

Los estudiantes aprenden de memoria a fin de rendir un buen examen. José Gregorio también lo hace, pero su inteligencia despierta siente que los estudios de medicina no pueden seguir siendo meramente teóricos. Los hospitales tienen que convertirse en laboratorios de observación y proporcionar elementos para la experimentación. El Hospital de Caridad para mujeres es el centro asignado para las prácticas médicas al bachiller Hernández. En él va a colaborar con el doctor Narciso de la Rosa, quien le dirigirá las pasantías. (...) Dos años pasa Hernández en ese hospital, los dos primeros de un ejercicio

de la medicina que fue al comienzo sumamente precario. Allí aprende o refuerza las disposiciones básicas que le van a servir más adelante como médico: atención personal, observación minuciosa, intuición reforzada por la consulta, compasión grande, espiritualidad².

Después de tantos años de estudio en Caracas, los profesores ven en él un excelente médico y le quieren ofrecer varios puestos de trabajo. Pero él sólo piensa en su tierra natal y así hacer caso a su padre que sabe que no hay médicos por esa zona. Allí piensa ahorrar lo suficiente para poder proseguir los estudios en París, con los mejores especialistas que ha estudiado en los libros. Domina bastante bien el francés y está lleno de ilusiones.

Cuando regresa a su tierra casi no reconoce a sus hermanas y hermanos, que son ahora ya jóvenes: María Isolina del Carmen, María Sofía, César Benigno, José Benjamín Benigno y Josefa Antonia. Da un gran abrazo a su tía María Luisa que hizo de madre de todos después de la muerte de Josefa Antonia.

Cuando regresa a su tierra trujillana para ejercer la medicina se da cuenta de que las enfermedades más frecuentes son tifus, disentería y asma. Tienen que ver con el agua infectada, la mala alimentación y los trabajos que dificultan la respiración. Los curanderos y hierbateros sustituyen a los médicos inexistentes y no corrigen las supersticiones y las creencias de la gente en magias y hechicerías.

A su amigo Santos Aníbal Dominici, con quien mantendrá una ilustrativa correspondencia toda la vida, le cuenta sus primeras impresiones:

2 F. J. Duplá y A. Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández* (Caracas: Abediciones, 2018), 53.

Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas: creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas; en suma, yo nunca me imaginaba que estuviéramos tan atrasados por estos países. (...) La botica es pésima; suponte que el boticario es un aficionado solamente y que me dice: “nosotros los médicos” (...) Me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día y, como yo me asustara, me tranquilizó completamente y me aconsejó que así lo hiciera, ya que la ipeca no da resultado; quien no da resultado es él, y él quien está llenándose de fastidio; afortunadamente que yo no he de quedarme aquí, sino que, como te dije, iré a Valera³.

Viaja después a Valera para ver si allá pueden pagarle las consultas, ya que es una ciudad más próspera. Va a cumplir 24 años y es lógico que le gusten las muchachas. En un baile que le ofrecen una de ellas se adelanta: “¿Quiere usted bailar conmigo, joven doctor?”.

Y lo hace bien, porque tiene sentido del ritmo y le gusta la música. Se lo comenta a su amigo Dominici:

Las niñas de aquí son muy simpáticas y agradables. Bailan muy bien, si me rijo por la única con que he bailado una noche aquí en casa con piano; me aseguran que hay otra que baila muchísimo mejor que la niña con que bailé. Me he hecho muy amigo de esa afamada pareja y me ha prometido que en el primer baile que me encuentre con ella tendré la segunda pieza; se llama María Reimi y es prima de la novia de Eduardo Dagnino⁴.

3 Carta a Santos A. Dominici desde Betijoque, 18 de septiembre de 1888.

4 Carta a Santos A. Dominici desde Valera, 22 de octubre de 1888.

El presidente de la República, Juan Pablo Rojas Paúl, tiene ideas progresistas y quiere que mejoren la salud pública y los estudios de medicina. Un mes después de asumida la presidencia emite el decreto de la creación del Hospital Nacional, que tendrá mil camas y llevará el nombre del gran médico José María Vargas⁵.

El profesor Calixto González, gran admirador de su alumno José Gregorio, se lo recomienda al presidente para que lo envíe a formarse en París:

- Señor presidente, creo que no tenemos otro mejor que enviar. Como usted sabe muy bien, París es la capital más adelantada en investigaciones médicas y si él estudia allí con tan buenos catedráticos, hará que el hospital que usted ha fundado sea el mejor de América.

Mandó llamar a Caracas al joven doctor:

- Doctor Hernández, el presidente quiere enviarle a París para que se forme allá el tiempo que sea necesario, a fin de sacar nuestra medicina del atraso en que está. Usted deberá informarse bien sobre microscopios y otros aparatos necesarios, comprarlos allá y traerlos a su regreso. El gobierno corre con todos los gastos. ¿Qué le parece?

Mudo de emoción, José Gregorio se levanta para darle un gran abrazo a tan excelente amigo y profesor.

3. Estudios en París

En París enseñaban las figuras más eminentes de la medicina mundial, investigadores que hacían avanzar con sus descubrimientos la curación de enfermedades. Eran ellos: Charles Richet y su laboratorio de Fisiología Experimental; Isidore Strauss, profesor de Patología Experimental y Comparada; Mathias Duval, partidario de la teoría de la evolución y de la selección natural, quien le enseñó a usar el

5 Duplá y Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández*, 76-77.

microscopio. Richet, experto en inmunología, ganó en 1913 el Premio Nobel de Fisiología o Medicina. Como se ve, el joven graduado supo de la teoría evolucionista de Charles Darwin, que no le convenció, como se verá más adelante.

El profesor Richet extendió un certificado muy elogioso al Doctor Hernández al concluir los estudios que el joven realizó con él: “El Doctor Hernández ha trabajado en mi laboratorio y seguido mis cursos con mucho celo y asiduidad. Quiero así dar un testimonio de su ardor por el trabajo”.

Y el Doctor Duval expidió una constancia que decía: “El Doctor Hernández, trabajando asiduamente en mi laboratorio, ha aprendido en él la técnica histológica y embriológica; me considero feliz al declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias hacen de él un técnico que me enorgullezco de haber formado”⁶.

El Doctor Isidore Strauss le impone una medalla como el mejor alumno en su especialidad:

Autorizado por el Consejo de Medicina de esta Institución, con el mayor beneplácito de la Cátedra de Anatomía que me honro en dirigir, coloco a usted esta medalla, símbolo de un premio a su labor, como el mejor médico alumno de nuestra especialidad, para que la guarde y la conserve como recuerdo de sus profesores hoy reunidos en este recinto.

Agradecido, el Doctor Hernández contestó:

6 M. M. Suárez y C. Bethencourt, *José Gregorio Hernández del lado de la luz* (Caracas: Fundación Bigott, 2000).

Al recibir esta medalla de las sabias manos de mi querido profesor el Dr. Strauss, que ha prendido en mi pecho, juro en nombre de este sagrado templo del saber, donde tantas luces y conocimientos he atesorado, aplicarlos para el bien de la humanidad y en beneficio de nuestros semejantes⁷.

Por encargo del gobierno compra en Francia y Alemania los más modernos aparatos y libros de medicina, y regresa a Venezuela en septiembre de 1891. El presidente Andueza Palacio dicta el decreto de creación de las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología y Bacteriología y manda instalar el laboratorio comprado en Europa. El rector de la Universidad, doctor Elías Rodríguez, da posesión de las cátedras al doctor Hernández. Comienza su excelente trabajo de catedrático: buen expositor en clase, demostrador en el laboratorio, exigente en el rendimiento de los alumnos. Nunca se le oyó vanagloriarse por haber estudiado en París.

4. Catedrático de materias nuevas y modernas

No sólo como médico que sabe diagnosticar muy bien, sino también como catedrático, José Gregorio se hacía oír y estimar. Silencio respetuoso cuando comienza a explicar:

- La histología es conocida desde la antigüedad por las obras de Aristóteles, Hipócrates y Galeno, pero sólo en los tiempos modernos se ha convertido en una ciencia. Díganme ustedes, ¿qué tienen de común en un cuerpo humano la piel, la sangre y los nervios? Pues que constituyen tejidos, es decir, sistemas vivos y organizados que cumplen funciones especializadas.

- No teman mancharse con la sangre si van al matadero. La sangre es un tejido especial, maravilloso, único. Es un tejido circulante por las arterias y venas, que tiene como función alimentar las células del organismo⁸.

7 A. Gómez Bolívar y M. Sotelo, *El Doctor Hernández es nuestro* (Caracas, P.I., 2015), 41.

8 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández del lado de la luz*, 85-86.

Sus clases tenían fama. A ellas acudían alumnos que no cursaban sus materias y José Gregorio les dejaba pasar. Y todos en riguroso silencio esperaban sus explicaciones y sus dibujos en el pizarrón: “Les voy a pintar lo que les acabo de explicar sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción. Y ahora, vean el pizarrón: yo lo pinto. Necesito tizas de diversos colores, que aclaran muy bien las diferencias”.

Y lo hacía con tal arte, que muchos hubieran querido fotografiar el resultado. Citaba a José María Vargas con alguna frecuencia, ponderando que, al igual que el del prócer, su deseo como catedrático no era otro, sino que de su enseñanza salieran hombres honrados, más que médicos sabios y eminentes.

Puntual, exacto en sus explicaciones, buen dibujante en el pizarrón, con voz clara y pausada, ¿qué más se podía pedir?

Durante los veintitrés años y cuatro meses que ejerció efectivamente la docencia universitaria dictó un total de 32 cursos en las asignaturas de su especialidad, contó con la asistencia de 694 estudiantes, de los cuales 97 fueron sobresalientes, 193 distinguidos, 284 buenos, 26 pasables y solamente 15 resultaron aplazados.

Uno de los alumnos aplazados le esperó un día a la salida con mala cara y peores intenciones. José Gregorio le encaró sin temor alguno:

- Joven, ¿cuál es su profesión?

- Soy estudiante.

- Pues ejérzala, le dijo con desparpajo, y siguió adelante.

Además, Hernández contó para el ejercicio de la cátedra con la asistencia y apoyo de un preparador seleccionado entre los estudiantes por las calificaciones obtenidas en concursos de oposición. El preparador seguía sus instrucciones para disponer las láminas y el uso de colorantes, reactivos e instrumentos que se utilizaban en las clases

prácticas. Para la adquisición de estos materiales, el preparador tenía también la responsabilidad de administrar un fondo de cincuenta bolívares quincenales que provenían del sueldo asignado al doctor Hernández como director del laboratorio⁹.

- Doctor, ¿por qué tiene usted que pagar de su sueldo el material de laboratorio? Sería más lógico que pasara usted la cuenta de esos gastos a la universidad, ¿no es cierto?

- Por toda respuesta el doctor Hernández le da un golpe amistoso en el hombro y le pide que para la clase siguiente adquiera un nuevo material recién llegado de Europa.

5. Médico buscado por todos

La señora está aquejada de cistitis, una enfermedad “que es el término médico para la inflamación de la vejiga. La mayoría de las veces, la inflamación es causada por una infección bacteriana y se llama «infección urinaria». Una infección en la vejiga puede ser dolorosa y molesta, y puede volverse un problema de salud grave si la infección se disemina a los riñones”. La señora tiene necesidad constante de orinar, sensación de dolor, orina turbia y de olor fuerte, fiebre baja.

José Gregorio sabe que la señora siente vergüenza de que la toque un médico varón y él sabe por la mirada lo que ella siente. No la toca. Le pregunta desde cuándo siente los dolores y la mira a lo profundo sintonizando con ella. Le receta un compuesto contra las bacterias y da la vuelta para irse:

- ¿Cuánto le debo, doctor?

José Gregorio ha observado la pobreza y escasez del ajuar doméstico y hace un gesto amable negando con la mano:

9 Gómez Bolívar y Sotelo, *El Doctor Hernández es nuestro*, 115.

- Nada, señora. Pasado mañana vengo a verla y seguro que ha mejorado.

Juancho Gómez, hermano del presidente Juan Vicente Gómez, enfermó gravemente. Los médicos que le visitaron no acertaron con el remedio y fue entonces el propio presidente el que mandó que buscaran a José Gregorio.

- Sólo él lo puede sanar, dijo.

Así era su fama en toda la ciudad. José Gregorio lo reconoció, le recetó lo que no esperaban y lo puso sano en dos días. El presidente quiso pagarle bien con unas cuantas morocotas, pero José Gregorio le pidió lo que él cobraba en cada visita: cinco bolívares. No quiso aprovecharse, ni siquiera para destinar el mayor dinero a su familia o a los pobres. La honestidad, ante todo¹⁰.

En un caso relatado por el doctor Rafael González Rincones, tres médicos y dos cirujanos habían diagnosticado apendicitis y la operación se iba a verificar al día siguiente. El diagnóstico parasitológico hecho por el doctor José Gregorio Hernández en la tarde de la víspera, aplazó la intervención y hace más de siete años que aquel enfermo, curado mediante tratamiento adecuado, espera la ejecución de la sentencia operatoria¹¹.

Cerca de la una del mediodía se formaba una cola todos los días delante de la casa donde vivía el doctor Hernández en La Pastora, porque él atendía gratuitamente a todos, aunque no pudieran pagarle. También venían algunos de sus alumnos para plantearle dudas y él les hacía estar presentes en las consultas para que fueran adquiriendo la intuición, el ojo clínico que todo buen doctor necesita.

María García de Fleury describe de esta manera su ejercicio médico:

10 Gómez Bolívar y Sotelo, *El Doctor Hernández es nuestro*, 73-74.

11 T. Carvallo, "Hernández: Maestro", *Revista SIC*, No. 121 (1950).

José Gregorio fue pionero de la medicina psicosomática. Unió siempre la enfermedad con el enfermo. Por eso, para cada caso hacía un estudio particular. Enseñó la solidaridad con el necesitado, practicando en aquel entonces lo que hoy día es un llamado imperioso de la iglesia venezolana: comunicarse y compartir. Según las palabras de Luis Razetti, su buen amigo, para José Gregorio la medicina es un sacerdocio del dolor humano. Siempre tiene una sonrisa benévola para la envidia y una gran tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre la pericia, la ciencia, la honradez y la abnegación¹².

6. Sus cualidades artísticas

Ya desde pequeño mostró sentido musical. Aprendió las canciones que le enseñaba su cuidadora Juana Vilorio y seguía el ritmo con la cabeza. José Gregorio miraba atentamente a su cuidadora y era capaz de seguir la melodía con la cabeza y las manos, aunque todavía no se aprendía la letra. Años después aprendió a tocar piano en Caracas en el Colegio Villegas. El profesor de música de ese colegio, Juan Bautista Calcaño, le oye cantar bien y se ofrece a enseñarle solfeo y tocar acordes con el piano.

José Gregorio siguió tocando piano para su familia y amistades cuando podía desocuparse de atender enfermos los fines de semana. Cierta vez del año 1915 caminaba por La Pastora el maestro don Pedro Elías Gutiérrez. Al pasar por la casa número 3 oyó que en ella interpretaban al piano una pieza suya, “El Alma Llanera”. El portón grande de la casa estaba abierto, así que entró al zaguán y esperó que aquella persona que desconocía terminara de tocar.

- Buenas tardes, señor, quisiera saber quién estaba tocando el piano, porque lo ha realizado muy bien.

A lo que José Gregorio respondió:

12 M. García de Fleury, *José Gregorio Hernández, hombre de fe y de ciencia* (Caracas: Academia Internacional de Hagiografía, 2013), 55.

- Eso no es importante; lo importante es la obra del gran compositor Don Pedro Elías Gutiérrez y por eso se oía tan bella.

A lo cual el maestro respondió:

- Deje que yo juzgue al compositor... pero lo que yo quiero saber, mi querido amigo, es: ¿quién era la persona que estaba tocando el piano? Porque yo soy Don Pedro Elías Gutiérrez.

Dicen que así fue como se conocieron estos dos grandes venezolanos.”¹³

Entre las muchas cualidades que enriquecieron la personalidad de José Gregorio le adorna la de haber sido un buen escritor. Es verdad que no se dedicó a ello, pero nos ha dejado muestras evidentes de su capacidad literaria. *El Cojo Ilustrado* le publicó algunos de sus aportes, como por ejemplo “Visión de Arte” en junio de 1912. También publicó “En un vagón”, que es la narración de una discusión de un joven desenvuelto y modernista con su tío, que le quiere convencer de que siga con las prácticas religiosas que abandonó. En el mismo *Cojo Ilustrado* fue publicado “Los maitines”, recuerdo de su paso por la cartuja de Farnetta en Italia. También publicó en 1912 la obra *Elementos de Filosofía*, en la que resume su visión del ser humano desde el punto de vista psicológico y religioso.

7. Una acusación insostenible

“Se ha suicidado, ha muerto Rafael Rangel, un hombre tan destacado, tan buen director del laboratorio del doctor Hernández. ¿Qué ha podido pasar?”.

Este científico e investigador se había dedicado al estudio de las enfermedades tropicales y había descubierto el parásito causante de la anquilostomiasis.

13 Gómez Bolívar y Sotelo, *El Doctor Hernández es nuestro*, 105.

Los alumnos están desolados y se agrupan en clases para ver si el doctor da alguna explicación, pero inútilmente. De nuevo ha chocado José Gregorio con el misterio del ser humano para el que no encuentra explicación. Le ha tratado bien, se ha confiado a su ciencia bacteriológica, le ha refrendado en sus conclusiones.

“Doctor Hernández, estos días han pasado una obra de teatro sobre la muerte de su ayudante y yo creo que le acusan de haberlo tratado mal. ¿Va usted a ir a verla?”.

Se trata de *Sombras*, compuesta por Salustio González Rincones. En ella aparece el doctor Hernández como un hombre engréido, criticón, con ínfulas de gran sabio, que desprecia a los demás. ¿De dónde pudo sacar semejante pintura aquel dramaturgo, una pintura absolutamente contraria a la que se tenía del gran médico y catedrático? Sin duda quiso llamar fuertemente la atención del público, quiso hacerse famoso a costa de otros y lo logró sólo temporalmente, porque la obra sólo se representó en pocas sesiones. El público dejó de ir; no le gustó la imagen que se presentaba del gran médico. José Gregorio reaccionó con humildad, dejando que hablaran los hechos más que las palabras. Y sin duda que pensó también cómo había tratado a su ayudante, que sin duda le tenía en buena estima. Con su director espiritual, Monseñor Castro, también le presentó su visión de la tragedia, abriéndole el alma en confesión:

- Dios me perdone si alguna vez traté mal a mi ayudante, pero no lo recuerdo. Él estuvo un tiempo muy retraído, porque el gobierno le retiró la beca que le había ofrecido para ir a estudiar a París, y en cambio hizo una buena labor con los campesinos del litoral cuando fueron afectados de la peste bubónica.

Si el doctor Hernández hubiera tratado a Rangel como lo presenta la pieza de teatro, los estudiantes no lo querrían tanto, ni hubieran insistido en que retomara sus cátedras a su regreso de la Cartuja. No hay tema que

despierte mayor solidaridad estudiantil y mayor rechazo a un profesor que verle humillando a un alumno. Éste desde luego no fue el caso del doctor José Gregorio Hernández.

8. Su respeto por los que no pensaban como él

La Iglesia en la Venezuela del último tercio del siglo XIX, cuando nace José Gregorio, padeció el resultado de los intentos gubernamentales por descristianizar al país y convertirlo en una sociedad laica ajena a la religión. Antonio Guzmán Blanco, que gobernó por sí o por persona interpuesta desde 1870 a 1888, cerró seminarios, expulsó congregaciones religiosas y expropió sus bienes, atacó de mil maneras a la Iglesia. Como consecuencia de estas acciones el clero se fue debilitando por edad y muerte, de tal manera que a fines de siglo sólo había 393 párrocos y muchas poblaciones no tenían atención espiritual.

Pero los esfuerzos de Guzmán Blanco tuvieron distintos resultados. Donde menos influyó fue en la región andina, que conservó la religiosidad y la supo transmitir sobre todo a través de la familia y en ella, con la enseñanza y el amor de las madres y de las abuelas.

El avance de la ciencia era ya notable en tiempos de José Gregorio. El doctor Luis Razetti, contemporáneo de Hernández, quedó deslumbrado en sus cuatro años de estudios médicos en París con el evolucionismo de Charles Darwin y Ernesto Haeckel. Como secretario de la Academia de Medicina, quiso que todos sus miembros firmaran un documento de reconocimiento de esa posición evolucionista de la aparición del hombre sobre la Tierra.

El Doctor Hernández firmó en contra de la petición de Razetti y su motivo fue la interpretación que la Iglesia daba al relato de la creación del Génesis, una interpretación literal. Él se asociaba como católico creyente a esa interpretación, aunque intuía que podía haber un cambio.

Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Pero opino además que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la Historia que al adoptar las academias científicas tal o cual hipótesis como principio de doctrina, lejos de favorecer, dificultan notablemente el adelantamiento de la Ciencia¹⁴.

Cuando las autoridades eclesiásticas admitieron que la Biblia estaba escrita en diversos géneros literarios, se vino a admitir que el relato del Génesis no se podía interpretar literalmente, sino simbólicamente, como una expresión del amor creador de Dios.

Luis Razetti y José Gregorio se apreciaban mutuamente. Cada uno veía en el otro ciencia, dedicación y sinceridad. Cuando se encontraban en la Academia, José Gregorio metía en el bolsillo de Razetti una medallita de la Virgen, que éste coleccionaba, aunque no era creyente, y tuvo un elogio de él con motivo de la partida de José Gregorio a la Cartuja en 1908:

El respeto que siempre me ha inspirado la inmaculada vida del doctor Hernández, con cuya amistad me honré, a pesar de que ambos girábamos en los polos opuestos del pensamiento filosófico; el conocimiento perfecto que tengo de sus aptitudes y de su vasta ilustración científica; y sobre todo mi admiración por la entereza de aquel carácter, que jamás se desvió ni una línea del camino que debía conducirlo a lo que él creía la realización del supremo ideal de la vida, son los móviles que hoy me inspiran estas líneas ingenuas, expresión de mis sentimientos ante la irreparable desaparición de un hombre, de quien la patria debe esperar aún muchos beneficios¹⁵.

En su libro *Elementos de Filosofía*, publicado en 1912, dice en el prólogo:

14 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández del lado de la luz*, 160-161.

15 *El Universal*, Caracas, 30 de junio de 1919.

Ningún hombre puede vivir sin filosofía. (...) Es necesario poseer una formación filosófica, como condición previa al estudio de cualquier materia científica, de manera de ir amoldando todo conocimiento científico a aquella estructura filosófica, sin la cual no deberá administrarse ninguno de aquellos conocimientos, sino condicionalmente.

Y así lo hizo él, maravillado ante los conocimientos que le facilitaron sus profesores franceses, pero ubicándolos en un contexto más amplio de filosofía y de religión, que mantuvo toda la vida.

- Querido doctor Hernández, usted y yo sabemos los grandes avances que ha hecho la ciencia médica en estos tiempos, cómo ha descubierto bacterias que causan enfermedades antes incurables, y cómo se van inventando medicinas muy eficaces, que hasta ahora nadie hubiera podido imaginar.

- Sí, querido doctor Razetti, pero también debemos preguntarnos qué hay detrás de esta evolución tan positiva, por qué ocurre y a dónde nos lleva. Yo creo que detrás de estos avances del cerebro humano hay una inteligencia mil veces, millones de veces superior que nos conduce a mejorar la raza humana. Esa es mi filosofía de la vida, que yo agradezco a Dios creador.

Razetti ya sabía que Hernández había escrito:

Dios es el creador del mundo y su providencia (...) Es evidente que la materia y todos los seres reales que existen en el mundo han tenido un principio (...) y como ellos no han podido producirse por sí mismos, es claro que fueron sacados de la nada, es decir, fueron creados por Dios.

- Amigo mío doctor Razetti, el avance de la ciencia es enorme en estos tiempos, basado en el estudio de los fenómenos, es decir, de lo que se puede detectar por los sentidos y por los aparatos que ha inventado el hombre. Pero no puede detectar la esencia del alma, ese principio vital que a todos nos da vida. Mi filosofía se apoya en mi religión, que me dice que el alma ha sido creada por Dios y que no muere con el cuerpo. No es

a través del avance de la ciencia que se descubrirá su esencia, porque está más allá de los fenómenos, de lo que podemos detectar con nuestros sentidos.

- Le admiro mucho, Dr. Hernández, pero ya sabe usted que no comulgo con sus ideas religiosas. Yo creo en el evolucionismo, que explica muy bien cómo surgió la vida y luego los animales hasta llegar a esta maravilla que somos los seres humanos.

- Bien lo dice usted que somos una maravilla y por eso yo lo explico atribuyendo nuestro origen a una inteligencia infinita. Y nuestra amistad también, querido doctor Razetti.

9. Su escaso diálogo con la política

La política nunca le atrajo. Tuvo pocas manifestaciones de pensamiento político, pero se vio perjudicado muy pronto cuando recién graduado de médico regresó a su tierra para ejercer la profesión. Le escribe a su amigo Santos A. Dominici:

Me dijo un amigo que en el gobierno de aquí se me ha marcado como godo y que se estaba discutiendo mi expulsión del Estado, o más bien si me enviarían preso a Caracas; yo pensaba escribirle a tu papá para que me aconsejara en qué lugar de Oriente podré situarme, porque es indudable que lo que quieren es que yo me vaya de aquí, (...) como comprendes sin que yo haya dado lugar a nada, porque solamente me preocupan mis libros¹⁶.

La envidia es corrosiva. El joven doctor la experimenta de parte de los falsos médicos que le rodean y que no toleran que alguien les dé lecciones sin pretenderlo. Uno de ellos conversa con otro de pensamiento parecido:

16 Carta a Santos A. Dominici desde Isnotú, 18 de febrero de 1888.

- Ese doctorcito se las echa de sabelotodo. El otro día acertó con la señora aquejada de disentería y si sigue así vamos a perder la clientela. ¿Qué se te ocurre que podemos hacer?

- Vamos a nuestro amigo el gobernador y que lo coja preso o lo eche de aquí. Así no tendremos más competencia. Esos hombres leídos van a desbancarnos si no hacemos algo.

Eso mismo expresa José Gregorio en carta a su amigo del alma desde Boconó unos pocos meses después:

La población me gusta y desearía poder establecerme definitivamente aquí, y es cosa que voy a resolver de hoy a mañana; lo único que me detiene es que creo que dos médicos que aquí hay, pueden hacerme la guerra, porque ese ha sido su comportamiento con todo el que ha tratado de situarse aquí; ellos vendrán a visitarme de hoy a mañana, y tal vez puede ser que me haga con su amistad: si fuera solamente por la parte científica me importaría muy poco, ya que ellos son pequenamente instruidos, pero además son los jefes del partido predominante aquí, y eso es sumamente peligroso por estos lugares en que la política tiene una preponderancia absoluta¹⁷.

Sus relaciones con el presidente Juan Vicente Gómez no fueron buenas. Le pidió ayuda para la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología, pero le fue negada su petición y más bien el general Gómez ordenó el cierre indefinido de la Universidad. Esto le dolió profundamente al Dr. Hernández, que fue a hablar con él:

- Cerrar la universidad es una injusticia enorme, hasta una crueldad. A muchísimos jóvenes de familias de escasos recursos los inutilizan para la carrera y es difícil que puedan salir airoso con cualquier otro oficio, y muchas familias se han de ver al borde de la miseria debido a esta medida.

- Mire doctor, le recomiendo que no se meta en política. Y José Gregorio le replicó con valentía:

17 Boconó, noviembre 24 de 1888.

- Pues vea usted mi General. A mí no me parece tan complicada. Mi política consiste en servir a Dios a través de la ciencia, porque una ciencia sin Dios es una ciencia carente de sentido. De política no sé nada, pero creo que el que está allá arriba, como usted mi presidente, debe velar por todos y favorecer a todos, aunque no piensen como él.

- Doctor, yo le debo la curación de mi hermano Juancho. Usted fue el único que acertó con su enfermedad y le dio los remedios necesarios. ¡Pídame lo que quiera y ya lo tiene usted concedido!

- Lo que usted debe hacer es reabrir la universidad, señor presidente, para que puedan formarse en ella muchos jóvenes como médicos y así habrá salud para todos.

Pero más interesante es conocer su visión política internacional, que se manifiesta en Nueva York con motivo de la primera guerra mundial y que expresa una actitud democrática moderna, ajena a lo que se vivía en esos momentos en Venezuela:

En los poquitos siete días que he estado aquí he tenido la singular dicha de presenciar la declaración de guerra a Alemania – estando en Londres presencié también la de Inglaterra– y estoy encantado con el discurso de Wilson. Pocos he leído más elocuentes; desearía habérselos oído, sobre todo aquel incomparable párrafo: *The world must be safe for democracy*¹⁸.

No hay duda de que los viajes del doctor Hernández por Europa y Estados Unidos le pusieron en contacto con intelectuales ganados para la democracia, un régimen totalmente desconocido en Venezuela. No tuvo miedo de expresar su opinión, sabiendo que su amigo pensaba como él y sabiendo también que él nunca se dedicaría a la política. Entonces como ahora son muchos los que alcanzan el poder, por la fuerza o por elecciones, y luego no quieren soltarlo. José Gregorio era totalmente ajeno a esa mentalidad narcisista y abusadora.

18 Carta a Santos A. Dominici desde Nueva York, 7 de abril de 1917.

10. Su vida de fe. Sus deseos de hacerse cartujo y sacerdote

Siempre fue un hombre de oración, no sólo los rezos del Ángelus y del Rosario, que recitaba de pequeño con sus padres en la casa de Isnotú, o en el cementerio para acompañar a su mamá, sino que también buscó en Caracas la ayuda espiritual del que sería después el arzobispo de Caracas, monseñor Juan Bautista Castro, entonces vicario de la diócesis.

- Querido joven doctor: me siento muy honrado de que usted me haya elegido como consejero espiritual. No hay profesionales como usted que lleven una vida piadosa. Dígame qué es lo que hace para sostenerla.

- Por la mañana, cuando me levanto, le doy gracias a Dios por el día que comienza, porque sé que gracias a él podré hacer mucho bien. Luego voy a misa y me atrevo a comulgar todos los días, y si veo que traté mal a alguien me voy a confesar. Este es el favor que le pido hacerlo con usted todas las semanas.

El deán y futuro obispo Juan Bautista Castro consagró la República al Santísimo Sacramento y ya desde 1882 se había fundado en la Iglesia de las Mercedes de Caracas la asociación de la “Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento”. José Gregorio acostumbraba a hacer visita a Jesús Sacramentado con frecuencia, si le dejaban los enfermos que acudían masivamente a su consultorio.

Toda su vida sintonizó especialmente con san Francisco de Asís:

El 7 de diciembre de 1899 el doctor Hernández ingresó a la Venerable Orden Terciaria Franciscana, por lo que asistía con frecuencia a la Iglesia de las Mercedes y tuvo amistad con los misioneros franciscanos capuchinos. La Orden Terciaria Franciscana, manifestación fundamental del movimiento misionero franciscano, consolidó su nacimiento cuando en 1221 la Iglesia emitió el *Memoriali Propositi*, según el cual los

seculares, miembros de la orden sin abandonar su condición, adoptaban un estilo de vida teniendo como ejemplo la de San Francisco de Asís¹⁹.

Fue también miembro de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, ad- vocación de la Virgen muy admirada por él. También fue secretario del Centro Católico, del que pagó los gastos sin que nadie lo supiera.

José Gregorio dedicaba al menos media hora diaria a la oración mental y vocal. En ella conversaba con Dios Nuestro Señor y le exponía lo que pasaba por su alma, le presentaba las necesidades de su familia – un miembro de ella cada día – y los buenos propósitos que se le ocurrían para atender mejor a los enfermos. Pero no le bastaba eso. Desde hacía mucho tiempo creía sentir que Dios lo llamaba a una vida contemplativa en la Cartuja de San Bruno. Sabía que hacía mucho bien con sus clases y con el ejercicio de la medicina, pero sentía que podía aspirar a una vida de perfección espiritual lejos del mundo. Era el concepto de santidad de aquellos tiempos. Monseñor Castro, su confesor, conversó muchas veces sobre esto con José Gregorio y al final estuvo de acuerdo, aunque le dolía: “Hijo mío, veo que sientes que tu mejor servicio al Señor sería retirarte de la vida seglar. No quiero oponerme a los planes de Dios. Le escribiré al superior de la cartuja de Farnetta en Lucca, Italia y veremos qué nos responde”.

El P. Etienne Arriat aceptó que viajara a Italia e ingresara en la cartuja. Lo que más le atraía de la regla de san Bruno era su carácter austero, como se lo diría después a su amigo Dominici:

Tú recuerdas siempre que he tenido el amor del convento. Con los años, y a proporción que estudiaba la Iglesia en su dogma, en su moral y en su historia incomparable, aquel amor incipiente se desarrollaba como un árbol gigantesco y venía a orientar toda mi vida. Formé entonces el proyecto de entrar en la cartuja,

19 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández del lado de la luz*, 328.

que de todas las órdenes religiosas era la que me parecía más adecuada a mi espíritu, un tanto contemplativo y amigo de la soledad. Y así lo hice: me desprendí de mi familia y le dije adiós a nuestra querida patria, y me dirigí ganoso a aquel lugar de penitencia y oración. Lo que en la cartuja encontré supera toda descripción. Vi allí la santidad en grado heroico y te puedo asegurar que una vez visto ese espectáculo todo lo demás en la tierra se vuelve lodo.

Pero no pudo seguir el camino de cartujo, no tenía fuerzas físicas para ello. La penitencia corporal, el ayuno riguroso, el trabajo físico le impidieron seguir. Regresó pues a Caracas después de aquellos meses en la cartuja y se dispuso con humildad a seguir el camino que creía que Dios le marcaba, que era el de hacerse sacerdote. Embarca en Génova y desde La Guaira le escribe a su hermano César:

A fines de mes pasado el Superior de los Cartujos me dijo que no me podía admitir en la orden, porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era para la vida activa; que entrara en la orden de los jesuitas o que me hiciera sacerdote secular. Entonces me vine y le he escrito al señor arzobispo a ver si me recibe en el seminario. Así es que te ruego que al recibir ésta trates de hablar con él para saber lo que él haya resuelto. En el caso de que convenga de recibirme en el seminario, te ruego que me arregles (...) el cuarto que me destinen (...) Inmediatamente que todo esté listo me escribes a La Guaira para entonces subir yo a Caracas²⁰.

La llegada al seminario fue apoteósica. Sólo pesaba 44 kg., pero su mirada era limpia y transparente. Los que habían sido alumnos del doctor solicitaron una y otra vez que les volviera a dar clase de las materias que dominaba y así le pareció al Rector presbítero Eugenio Nicolás Navarro, quien lo despidió con mucho dolor.

20 Suárez y Bethencourt, *José Gregorio Hernández del lado de la luz*, 341.

11. Defensa de santa Teresa de Ávila

“Mi devoción por Santa Teresa de Jesús es tan antigua que el día de hoy me sería imposible decir con exactitud el momento de mi vida en que comencé a conocer y amar a la gran santa española, característico tipo femenino de la raza”.

Así comienza la apasionada defensa de la santa contra la acusación innoble de que los éxtasis místicos de la santa eran de carácter histérico. Esta interpretación la había escrito en 1885 el doctor Guillermo Morales, antiguo profesor de José Gregorio. José Gregorio atribuye a la santa el gran aumento de devoción en la Iglesia por san José. Ella fue quien propagó la significación y el valor de san José. Y luego pasa a decir que en la santa no había el menor rasgo de histerismo, pero sí estuvo aquejada de una enfermedad que ella describe con los sufrimientos que tuvo durante largo tiempo.

- Doctor Hernández: me llama la atención que usted no es especialista en enfermedades psicológicas, pero hizo un estudio bien completo de la psicología de santa Teresa.

- Sí, me dediqué por un tiempo al estudio de la histeria, a fin de refutar al pobre doctor Morales, que había metido la pata hasta el fondo en el diagnóstico de la santa. “La neuropatología nos enseña a conocer perfectamente el histerismo, de tal suerte que apenas hay enfermedad de más fácil diagnóstico. Es una enfermedad del sistema nervioso que carece de localización anatomopatológica, y que presenta distintos grados de desarrollo; pero en todos los enfermos se observan ciertos rasgos morales peculiares que se descubren prontamente. Tienen carácter movible, son inconstantes, faltos de voluntad firme, propensos a la disimulación y casi siempre son falsos, amigos de que los mimen y de ser por parte de los demás, objeto de atenciones y cuidados”.

- Gracias, doctor Hernández, sabe usted mucho de ese tema.

- Ve a usted lo opuesta que fue la santa a esto que he descrito. “Su firmeza de carácter se revela en la elección hecha de una vez para siempre de la vida religiosa; porque la vida religiosa exige en quien la abraza y en ella persevera la más completa abnegación y la renuncia definitiva de todo lo que en la vida es grato y apetecible; en ese género de vida son indispensables todas las virtudes en grado no común en lo general, y para alcanzar la verdadera santidad, la que demanda el honor de los altares en grado heroico”.

- No sé cómo no advirtió el doctor Morales ese rasgo que es lo más opuesto al histerismo y que es la sinceridad. Y Santa Teresa manifestó en sus escritos tal sinceridad que subyuga al lector y le encanta seguir leyendo. Es preciso leer los capítulos enteros de su Vida en que trata de esos estados místicos para maravillarse de las grandezas de la oración sobrenatural y juntamente convencerse de que no ofrecen ni siquiera parecido remoto con los estados histéricos.

A medida que la fue conociendo se despertó en José Gregorio una inmensa admiración por su carácter, por su capacidad emprendedora, por su poesía, su misticismo, su amor por Jesucristo. Si hay en la vida de José Gregorio una figura femenina de relieve, esa es sin duda santa Teresa de Ávila.

12. Sus preocupaciones por su familia

José Gregorio estuvo siempre muy apegado a su familia. Tuvo que sufrir mucho de pequeño por la muerte de su madre. La muerte del padre ocurrió cuando él estaba en París y no pudo despedirse de él. Pero la muerte que más le afectó fue la de su hermano Benjamín, cuando ya José Gregorio ejercía la medicina con gran acierto.

Su hermano apenas iba a cumplir 24 años una semana después de morir. Contrajo fiebre amarilla, pero no le avisaron a tiempo a José Gregorio y cuando lo vio, le recetó lo normal en esos casos, salicilato

y un compuesto para bajar la fiebre, y mucha leche para bajar la ictericia. No funcionó y Benjamín murió rodeado de su familia ante la consternación de todos.

José Gregorio sabía que había actuado bien como médico, pero se enfrentaba al misterio de la naturaleza humana, que reacciona a veces de manera inesperada. Entró en una especie de depresión muy fuerte, retraído en su habitación sin querer ir a comer y con largos ratos de rodillas en su reclinatorio:

- ¿Qué hice mal, Dios mío? ¿qué es lo que hice mal? ¿Por qué no me avisaron antes? ¿Por qué te lo llevaste tan pronto, Señor? Muchas cosas buenas pudo haber hecho Benjamín, pero no tuvo tiempo de hacerlas.

- Perdona, Señor, que te reclame de este modo, pero es que mi dolor es muy grande. Llévatelo contigo y que desde el cielo nos ayude a ser mejores cristianos. Ayuda, también a César y a las hermanas, para que su fe no decaiga y todos podamos recibir la ayuda y el consuelo que nos da nuestra fe. La Virgen nos ayude. Amén.

José Gregorio supo sustituir, como hermano mayor que era, al padre fallecido, algo muy propio de la cultura andina. Sus hermanos eran para él los hijos que no pudo tener. Además, fue un hombre desprendido de las cosas materiales. Estando él en París murió su padre Benigno. Escribió entonces una carta en la que nombraba al esposo de su hermana Sofía, su cuñado Temístocles Carvallo, su apoderado en cuestiones legales y así pudo entregar a sus sobrinos la herencia que le correspondía.

José Gregorio de hecho se convirtió en el padre de una familia numerosa y como tal asumió su responsabilidad hasta sus últimas consecuencias; esto explica por qué José Gregorio puso en un segundo plano cualquier anhelo personal, en aras del bien de su familia, así de fuertes eran sus valores, convicciones y generosidad desde tan joven. También es probable que, por este motivo, aunque le gustaba disfrutar de las sanas diversiones propias de su edad, resultaba muy cuesta arriba casarse y fundar

una nueva familia. Sólo hizo planes para seguir sus inquietudes religiosas, cuando cumplió con su deber y dejó encarrilados a todos los de su familia²¹.

Un hijo de su hermana Sofía y de su cuñado Temístocles Carvallo, ya graduado de médico, se radicó en Ciudad de México a pesar del disgusto de la familia. Pues bien, José Gregorio viajó a México para convencerle de que regresara a Venezuela, donde hacían falta tantos médicos bien formados, como lo era su sobrino. Este le hizo caso y para contento de la familia regresó a Caracas.

Aunque José Gregorio no se casó, tuvo para con su familia un amor grande y efectivo: ayudaba monetariamente a sus hermanos y a sus sobrinos; hospedó en Caracas a los dos sobrinos que quisieron estudiar medicina y luego hizo venir a sus hermanos a Caracas; repartió sus posesiones cuando se fue a la cartuja, escribió numerosas cartas a César su hermano en las que se interesaba por cada uno con su nombre, especialmente por su tía María Luisa, que fue para él como una segunda madre.

13. Su muerte inesperada

Pocos están preparados para el momento de la muerte. Pocos se dan el tiempo necesario para pensar en ella y, aunque estén enfermos de gravedad, pocos piensan que ha llegado el tiempo de despedirse. Nuestra civilización, a diferencia de otras a lo largo de la historia, rehúye cuanto puede el tema de la muerte, la maquilla, la disfraz, trata de olvidarla. José Gregorio se preparó con mucho tiempo para su muerte, tanto mental como espiritualmente. Por eso los acontecimientos del domingo 29 de junio de 1919 no le agarraron de sorpresa en cuanto al hecho de morir, aunque sí en cuanto a sus circunstancias²².

21 Gómez Bolívar y Sotelo, *El Doctor Hernández es nuestro*, 44.

22 Duplá y Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández*, 139.

Solamente un cristiano fervoroso, con una gran esperanza de encontrar a Jesucristo y a tantos seres queridos en la otra vida, puede contemplar su propia muerte como algo apetecible. Eso le llevó a ofrecer su vida al Señor para que se acabara la guerra mundial, como él mismo lo manifestó la víspera de su inesperada muerte.

El día 29 de junio de 1919 se firmó el tratado de paz de la primera guerra mundial. El Dr. Hernández se levantó muy temprano como de costumbre y asistió a misa. Según cuenta el sacerdote jesuita Carlos Guillermo Plaza en su escrito “La Inquietud de los Grandes”, esa mañana tuvo el siguiente diálogo con un amigo:

-¿Qué le pasa, Doctor. ¿Por qué está tan contento? -¿Cómo no voy a estar contento? ¡Se ha firmado el Tratado de Paz...! ¡La Paz del mundo! ¿Tú sabes lo que eso significa para mí? El Doctor sonreía y se quedó un momento pensativo, como dudando si entrar o no, en el terreno de las confidencias; por fin levantó la cabeza, y en voz baja, para los dos solos le dijo: -Mira...te voy a hacer una confidencia: yo he ofrecido mi vida en holocausto por la paz del mundo... Ahora solo falta... Y una sonrisa alegre y presentida iluminó su semblante. El amigo tembló ante el presentimiento y lo profético de su muerte. ¿Cómo podríamos explicarnos que ese mismo día el Doctor Hernández muriera atropellado por un automóvil?²³

14. Su legado para el venezolano actual

José Gregorio constituye un modelo de actuación laical católica, raro en su tiempo y ahora más que nunca necesario. José Gregorio se anticipó con su vida a mostrar un camino posible para el cristiano común, en donde se combinan ciencia y fe, ejercicio de la profesión y piedad, caridad y generosidad grandes y un sentido del deber del que está necesitada la sociedad actual. Como dice muy bien Axel Capriles:

23 A. Gómez Bolívar, *Conoce al Dr. José Gregorio Hernández por sus anécdotas, cartas y pensamientos* (Caracas, versión digital, 2021), 39.

José Gregorio Hernández se caracterizó por su formalidad y puntualidad, como un hombre sumamente disciplinado, responsable y cumplidor del deber. Numerosas historias destacan su modestia y también su orden y disciplina, su esfuerzo por estar siempre a tiempo. Una de esas historias narra sus actividades el día de la muerte de su muy querida hermana Josefa Antonia, el 13 de enero de 1907. A pesar de la aflicción y el dolor que lo embargaba, llegada la hora en que acostumbraba a ir a dar clases, José Gregorio tomó su sombrero y salió para la universidad ante el asombro de todos sus familiares. El deber estaba por encima de todo, aun por encima de una pena tan honda como la muerte de un ser querido. Terminó la clase, volvió al funeral de su hermana, compartió su dolor con todos sus hermanos y familiares y a las tres de la tarde volvió de nuevo a sus clases para incorporarse luego al entierro. Ese día, la lección de José Gregorio Hernández fue de ética más que de histología, una enseñanza silenciosa sobre el deber, la obligación, la cultura del trabajo y la puntualidad²⁴.

La reciente beatificación de José Gregorio Hernández contribuirá sin duda a poner de relieve su ejemplo de honestidad, seriedad en el trabajo y fe religiosa, tan ausentes en estos momentos en las personas que rigen los destinos del país tanto en lo político como en lo económico y lo social. La santidad no es simplemente una cuestión de fe religiosa, sino que debe aplicarse a la vida diaria. Más importancia tiene para la sociedad el cambio profundo en la actuación de los dirigentes que todas las recuperaciones económicas, y más cuando las carencias mayores ocurren como consecuencia de las guerras.

José Gregorio fue presencia viva de Jesucristo en los ambientes en los que la Iglesia no estaba presente: Academia de Medicina, universidad, laboratorios, atención a los enfermos pobres. Y no fue tanto por medio de la palabra que él hizo ese apostolado, sino por el ejemplo de su vida. Misa y comunión diaria no lo hacían los cristianos comunes; tener dirección espiritual era infrecuente por no

24 Cf. Duplá y Capriles, *Se llamaba José Gregorio Hernández*, 15.

decir inexistente entre los laicos. Fueron sus familiares más cercanos los que más le admiraron, como lo testimonia su sobrino Ernesto Hernández Briceño, en la biografía que escribió de su amado tío, 25 años después de su muerte.

En la “Declaración de virtudes heroicas de José Gregorio Hernández Cisneros” (1986), se puede leer un excelente resumen de cómo fue percibida su actuación durante su vida: “Fue maestro de gran autoridad por su amor a la verdad, por sus vastísimos conocimientos médicos, por su ingenio y su claridad en la exposición, por su gallardía con los alumnos, por su cuidado en preparar las clases, por su puntualidad en su asistencia a clases, por su simplicidad y por su modestia en su vivir, por su coraje en profesar abiertamente su fe en aquel centro en el que se la despreciaba. Varón docto y creyente práctico, demostró que “la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada en una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca en realidad será contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios” (*Gaudium et Spes*, 36)²⁵.

25 Citado por Gómez Bolívar y Sotelo, en *El Doctor Hernández es nuestro*, 46.